

CLAVES DE POSMODERNIDAD PARA NAVEGAR CON RAZONES PRÁCTICAS

JOSÉ MIGUEL OLTRA TOMÁS

Université de Saragosse

Hace ya algunos años tuve la ocasión de exponer en una revista cultural aragonesa¹ mi punto de vista sobre un tema que entonces, tanto como ahora, estaba en candelerero, aun cuando el escenario del debate se haya trasladado a otras arenas². No importa tanto el contenido de aquel temprano trabajo, como la sensación de claudicación que con respecto al mismo tengo. Me explicaré brevemente: en sus líneas generales, el planteamiento de la posmodernidad me producía por aquel entonces un rechazo que iba no tanto hacia lo sociológico, como hacia las concreciones artísticas que se pretendía hacer derivar. Incluso en lo sociológico me desazonaba el pesimismo que parecía haberse instalado en los analistas de la contemporaneidad.

¹ «Sobre la postmodernidad», en *Andalán*, nº 420, 1ª quincena de febrero de 1985, pp. 10-16. Debo advertir que este artículo fue bastante maltratado por los «duendes de imprenta». En el proceso seguido hasta hoy también quisiera dejar constancia de la pérdida de la *r* en el prefijo del sustantivo.

² En la primera mitad de la década pasada se generalizó en la prensa diaria española el debate sobre la «postmodernidad», debate todavía inmaduro e, incluso, con ropajes de *snoob*, más bien desarrollado por mimesis con cuanto sucedía más allá de los Pirineos, al hilo de los escritos de Baudrillard, Lyotard y otros post-estructuralistas. Piénsese que, en este debate, el punto de referencia más llamativo de esta primera etapa hispana es *La luna de Madrid*, la revista madrileña de gran formato dirigida por Borja Casani (el nº 1 apareció en noviembre de 1983, aunque un nº 0 se presentó en junio); es bastante sintomático el artículo «Madrid 1984: ¿la postmodernidad?», nada orwelliano y sí algo frívolo, de Borja Casani y José Tono Martínez. Posteriormente, y en lo que llevamos de los noventa, el debate se ha sedimentado, adquiriendo un aspecto más reflexivo y crítico, dando origen a tesis doctorales, inclusive.

Desde una decena de años más tarde el fenómeno se me ha impuesto como una «realidad virtual», tan acorde con los tiempos en que vivimos: lo que parece puede no ser — o no es, sencillamente —; lo que no parece, pudiera resultar que finalmente es. Desde esta perspectiva, la posmodernidad se me antoja inevitable. La claudicación, en mi caso, es doble: aceptar lo que se negaba, y hacerlo no tanto desde el pesimismo como desde la irritación.

Sin embargo, afrontar el fenómeno desde un punto de vista global implica atender a multitud de facetas que se escapan, muchas de ellas, a un filólogo, aunque me considere un hombre, como todos, inmerso en la realidad y en los problemas de su tiempo. Pero es esta inmediatez, precisamente, la que impide un debate sereno sobre la posmodernidad, entre otras razones porque no se han delimitado de manera conveniente los límites del terreno de juego ni las reglas por las que se ha de regir el mismo. Es decir, como en una desvencijada baraja, se mezclan naipes estéticos, filosóficos, artísticos, sociológicos, económicos, antropológicos y un largo etcétera. Resumiendo, se trata de un debate político en su sentido más profundo, aquél que trata de establecerse sobre la elucidación de las relaciones humanas¹. Sin embargo, debo dejar meridianamente claro que el concepto de posmodernidad queda reducido en el presente trabajo a los límites de la estética, aun cuando pueda haber desvíos tentaculares hacia otras esferas de la actividad social.

En algo hay una coincidencia entre todos los analistas de la posmodernidad: ésta surge cuando la modernidad entra en crisis; cuando esa modernidad que inauguran Kant, Hegel y otros ilustres, penetra en una fase de agotamiento; cuando esa modernidad que alumbró la «Declaración de los derechos del hombre» se criba a través de las imposiciones de una O.N.U. discutida y discutible. Y serán las vanguardias surgidas en los años de entreguerras las que marquen el último movimiento de vigoroso dinamismo en la modernidad. Así, cuando las vanguardias entren en crisis, nos vemos abocados a la posmodernidad; más o menos, después de la Segunda Guerra Mundial².

¹ Algo de todo esto se trata en el artículo de Stanley Aronowitz, «Postmodernism and Politics», en *Social Text*, 18 (winter, 1987/88), pp. 99-115.

² Es la opinión indirecta de Theodor W. Adorno en *Teoría estética*, trad. F. Riaza y revisión de F. Pérez Gutiérrez, Madrid, Taurus, 1986; texto alemán hacia 1966. Otros tienden a retrasar el fenómeno, como Jean François Lyotard (*La condición postmoderna*, trad. M. Antolín Rato, Madrid, Cátedra, 1984 -original francés de 1979) o Frederic Jameson (*El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, trad. J. L. Pardo Torío, Barcelona, Paidós, 1991 -texto inglés

Así planteado, el problema tendrá difícil resolución, puesto que, insisto, ni los límites ni las reglas quedan acomodados para un juego correcto. En primer lugar, si aceptamos que la modernidad supone el nacimiento de una época en la que sus características fundamentales son la autocrítica y la disconformidad consigo misma, aunque con la capacidad de generar nuevas expectativas, no veo una variación apreciable con respecto a lo que sucede en nuestros días. Si la modernidad ha sido crítica consigo misma, no cabe hacer diferencias con la posmodernidad, puesto que también ésta es autocrítica (hasta el extremo de cuestionar su propia existencia, algo que no ocurría en la modernidad). Ocurre, más bien, que hoy estamos instalados en un «valle» de la curva vital de la historia, dominada por el pesimismo. No en balde, nos aproximamos velozmente al final del milenio¹. Sin embargo, y a pesar de las voces apocalípticas, ciertos horizontes siguen abiertos a la esperanza. Dicho de otra manera: no parece imprescindible que el hombre renuncie a la conquista de su futuro, pues todavía me parece vigente la idea de progreso, con lo que la Historia seguiría teniendo un papel que desarrollar².

de 1984), que retrasan su aparición a fines de la década de los cincuenta. En otro trabajo posterior, Jameson («Posmodernismo y sociedad de consumo», en *La posmodernidad*, pról. de H. Foster, Barcelona Kairós, 1986, 2ª ed., pp. 165-186), apunta que la postmodernidad nace en EE. UU. a finales de los años cuarenta. Alain Touraine (*Crítica de la modernidad*, trad. M. Armiño, Madrid, Temas de Hoy, 1993 -texto francés de 1992) propone la crítica fecha de 1968.

¹Todavía tengo presente en mi memoria un interesantísimo libro que leí en mis años de formación universitaria: *El año mil*, de Henry Focillon (trad. española de C. Berges, Madrid, Alianza, 1966 -texto original en francés de 1952), espléndido análisis del terror que se apoderó de la psicología colectiva ante la creencia de un inminente cumplimiento de los dictados, sesgadamente interpretados, del Apocalipsis. Salvando las distancias, muchos son los que piensan que nuestra civilización va camino de su exterminio, viendo oscuros síntomas de su «profecía» en acontecimientos que, desde un análisis o una interpretación serena, hemos de calificar como anecdóticos: el suicidio colectivo de Wako, el narcotráfico (¿se ha realizado algún intento serio para terminar con él?), la aparición de sectas y grupúsculos cuyo objetivo declarado es la instauración de un «nuevo orden» (por ejemplo, Japón) o el comercio de plutonio (increíble *affaire* más propio de opereta que de conspiraciones serias). Otros fenómenos sí son más inquietantes, especialmente el auge de los integristas de todo tipo, el ultraliberalismo especulativo o la inexistencia de transferencias tecnológicas a los países menos desarrollados. La movilidad de las masas, adiestradas por un turismo capitalista que se recrea en su imagen autocomplaciente y por los residuos de una información que, pretendiendo ser propagandística, se vuelve contra sus objetivos más inconfesables, cuestiona la política de «estabilización» preconizada por los opulentos gendarmes de Occidente.

²Atento directamente contra el divulgadísimo y celeberrimo trabajo de Francis Fukuyama, «¿El fin de la Historia?», sobre el que volveré más adelante.

Hablar de la «crisis de las vanguardias», aceptando de antemano esa crisis, como arranque de la posmodernidad implica hacerlo desde la estética o, en el terreno de la literatura, desde la poética, con lo que adoptamos previamente un punto de vista limitador y *fragmentario* de la totalidad, esa realidad global a la que el hombre posmoderno parece condenado a renunciar. Significa prescindir de la relación de causa a efecto que los modos de producción y las relaciones económicas suponen con respecto a la estética¹. ¿Cómo ignorar las revoluciones informática y mediática en una sociedad sobrecargada de información y plagada de analfabetos funcionales? ¿Cómo podemos cerrar los ojos ante el ultraliberalismo de una economía especulativa de inspiración reaganista²? El desgaste económico y la inviabilidad del proyecto nacido en octubre de 1917 supone el desmoronamiento de los esquemas por los que se había regido medio mundo durante casi cinco décadas: la caída del muro de Berlín es algo más que una metáfora, echando sobre las espaldas del pilar fundamental del otro medio mundo la carga de regir, ordenar y vigilar al orbe todo³. El desconcierto del mundo actual es evidente, entre otras razones porque se ha demostrado hasta la saciedad lo peligroso de los monopolios: la seguridad en la que se siente el vencedor procura un descuido en la elaboración de los referentes ideológicos al carecer de alternativa⁴.

Pero creo que estamos cercando un fenómeno en torno a nuestra más rabiosa inmediatez histórica, quizá poco reconfortante. Si el pesimismo es

¹ Señala Alfredo Saldaña (*La crisis de la modernidad en la poesía española contemporánea*, Tesis Doctoral, Zaragoza, 1995, p. 20) que "la modernidad es, desde un punto de vista puramente productivo, un proceso histórico de emancipación social fracasado", juicio al que se le pueden poner pocos reparos.

² El «fenómeno Reagan», coincidente en el tiempo con otros fenómenos como el de los integristas religiosos -Jomeini y Juan Pablo II, principal, aunque no únicamente-, es tema que ha merecido y merece detenidos análisis, los cuales conozco de manera insuficiente.

³ Cuanto ha ocurrido y está ocurriendo en la antigua Yugoslavia tiene el valor mostrativo de lo que indico: un conflicto surgido del descontrol europeo (entiendo por tal la suma de la U.E.O. y la C. E. E., de una parte, y la expotencia rusa y sus antiguos satélites, de la otra) sobre la política de su entorno, que no ha podido entrar en una fase de reconducción pacífica hasta que los EE. UU. han intervenido decididamente.

⁴ El conservadurismo de la sociedad capitalista actual, una vez implantado el desprestigio de los sistemas que le habían servido de antagonistas, pudiera tener su base en el intento de volver a aquellos valores que fundaron su expansión. Sin embargo, el actual esquema vigente parece no saber como reaccionar ante los nuevos retos, en especial el que plantea la emigración económica ante el ahondamiento de las diferencias entre los países desarrollados y el gran pelotón de cola.

inherente a la sociedad posmoderna, habremos de retrasar su nacimiento a la década de los ochenta, pues la banda señalada para su arranque (entre 1950 y 1968, aproximadamente, según los ámbitos) no puede ser analizada como una época marcada por una autopercepción negativa, por muchos conflictos que hubiera¹. ¿Acaso podemos interpretar en claves negativas el derrumbamiento de casi todos los facismos en 1945? ¿No supuso alguna forma de esperanza cuanto se estructuró en los más dispersos lugares del mundo a raíz de los sucesos del año 68²? ¿Puede negarse una ilusión en el fondo de los movimientos antisegregacionistas o en los *hippies*? Por supuesto, muchos de los avances logrados han tenido que ser desandados, o tal es nuestra apreciación actual. Sin embargo, soy uno de los convencidos de que la Historia avanza dos pasos para retroceder luego uno; ¿quién negará hoy, en este fin de milenio, que el cacareado «difunto» marxista haregnado las más íntimas esencias del capitalismo, forzándolo a un lavado de cara que le ha hecho presentarse con rostro más humano, adoptando algunas premisas que hoy se han convertido en irrenunciables incluso para el más conspicuo de los *yuppies*³?

¹Una vuelta a las hemerotecas nos convencería de las dificultades cotidianas y de los conflictos de todo tipo: la descolonización y los problemas generados; la segregación racial; el miedo atómico; la pugna por las materias primas.. Sin embargo, en todos ellos podía detectarse la voluntad ideológica de superar las crisis con el convencimiento de conquistar el futuro, de progresar hacia utópicos estados de igualdad y libertad. ¿Qué alternativa válida intelectualmente puede observarse detrás de la masacre de Ruanda, del aislamiento cubano o de la fragmentación balcánica? El resurgimiento de los pequeños nacionalismos, tal vez como reacción a procesos de internacionalización no bien conducidos y peor asimilados, sirven para justificar actitudes socialmente nocivas, como puede observarse en la descomposición de la antigua U.R.S.S. El mecanismo de acción de estos pequeños nacionalismos ya fue puesto en evidencia por Ernest Gellner (*Naciones y nacionalismo*. Madrid, Alianza, 1983).

²Me refiero, por descontado lo dejo, al mayo parisino, pero también a la revuelta universitaria de Berkeley, a la revolución cultural de Mao, a la primavera de Praga, a los sucesos de la Plaza de las Tres Culturas mexicana, etc.

³¿Qué Newt Gingrich se atreverá a suprimir de un plumazo las vacaciones de los trabajadores? ¿Qué Margaret Thatcher osaría dismantelar completamente la red de educación pública? ¿Se atreverá un José María Aznar a liquidar el sistema de pensiones laborales? En este mismo mes (noviembre de 1995) asistimos al pulso entre el demócrata Bill Clinton y el Grand Old Party para aprobar un presupuesto de los EE. UU. en el que se contempla la posibilidad de reducir drásticamente los fondos destinados a la educación, el medio ambiente y el sistema público sanitario -Medicare-, principalmente: una encuesta de *Gallup* señala que un 60% de los norteamericanos considera inaceptable el recorte que proponen los republicanos y creen que Clinton debería vetar la ley si fuera aprobada por el Congreso. Lo que me importa es señalar hasta qué punto ciertos logros debidos indudablemente a ideologías de corte marxista han arraigado profundamente en los sistemas capitalistas, incluido los EE. UU. de Norteamérica.

No podemos, por lo tanto, «periodizar» desde la estética sólo, a no ser que lo hagamos en historias parciales de las diversas manifestaciones artísticas (o de todas ellas, pero artísticas o para-artísticas¹). La estética surge del entramado profundo de las relaciones sociales; surge, por lo tanto, condicionada por éstas. Y toda estética cumple una función de captación mediante un proceso de condensación simbólica que persigue seducir y atrapar al individuo. ¿A qué individuo?: naturalmente al «tibio», sobre el que ya se ha extendido previamente el *humus* del cultivo ideológico. Ni el integrado ni el disidente son objetos de captación, el primero porque la cultiva, el segundo porque la rechaza. ¡Y son tantos los tibios que componen una sociedad...! Y, claro, no toda estética responde a los parámetros de sublimación que la idea popular suele encerrar de la misma. ¿Alguien negará una estética al nacional-socialismo hitleriano o al fascismo italiano? ¿Quién es el ciego que no identifica una estética al ver actuar y vestir a un *skin head*? Las valoraciones van por barrios, como es natural. No hace tanto tiempo, ¿quién no identificaba como progresista al que, con pantalón vaquero, chaqueta de pana, barba asilvestrada y *Libé o País* bajo el brazo, gustaba del rock y del debate público?

Lo más curioso de las ideologías, y de la estética dimanante, es el proceso de domesticación a que las somete el tiempo, mejor dicho, los avatares históricos cotidianos, esos «eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa» tenaces como el agua marina que pule y recorta los acantilados. Pero en este trayecto de deglutición las quiebras del sistema, de todos los sistemas, siguen apareciendo. Si se me permite una comparación sin duda grosera, las ideologías son como la argamasa empleada en la restauración de un viejo edificio, el de la humanidad; sirven para tapan una grieta, casi siempre incómoda y peligrosa, pero no pueden impedir que aparezca más adelante otra. La estética es el revestimiento final que le damos y el aspecto en que hemos formalizado la reparación: a unos gustará; a otros, no tanto².

¹ Considero para-artísticas aquellas manifestaciones que no gozan de un *status* convencionalmente académico. ¿La moda en el vestir es «artística»? Lo mismo podríamos preguntarnos sobre múltiples actividades que rebasan la inutilidad del objeto artístico, fuera de su contemplación, para integrarse en un entorno más o menos utilitario del hombre. De alguna forma, la frase lapidaria de «¿Trabajas o diseñas?» pone de relieve la importancia que concedemos en nuestros días a estas manifestaciones para-artísticas.

² Me resulta especialmente atractiva toda metáfora arquitectónica al tener presente que la mayoría de las etiquetas que usamos en la periodización histórica proceden de ese dominio. Sin ir más lejos, la

Por otra parte, hablar del edificio común de la humanidad implica hacerlo desde el reconocimiento de las diferentes habitaciones (incluidos aseos, trasteros y despensas) que componen el conjunto. Me ocuparé, pues, de la cámara hispana que nos reúne en este coloquio. Constituye un lugar común hablar de cierto retraso en la incorporación de España, como sociedad, a todo movimiento social, científico y humanístico que se producía en el mundo, más interesada en observar su ombligo que en percatarse de las novedades exteriores. No lo negaré. Es más, si atendemos a las causas de estas incorporaciones tardías, me parece que no sólo se pueden encontrar entre las fuerzas reaccionarias o tradicionalizantes; alguna habrá que espigar entre esas élites que tiraban con tanto entusiasmo del carro del progreso. Pero en este punto podríamos entrar en una espiral de consideraciones y acusaciones que nada aportarían al objeto que pretendo cercar: ¿hay una posmodernidad en España?

Parece, desde numerosos puntos de vista, que la vieja piel de toro sacude en este final de milenio las polillas que la estaban carcomiendo: se ha producido una rápida incorporación a la economía ultraliberal y especulativa¹, aunque sin las defensas de una tradición empresarial que cimentara su prestigio en el arraigo social tanto como en la solvencia técnica; la tragedia es que el número de desheredados no cesa de aumentar (soporta España la tasa de paro más alta de la Europa comunitaria, ¿es preciso recordarlo?). Participa, aunque a trancas y barrancas, en un proyecto mediático e informativo bastante ambicioso. Se procura enganchar a la revolución informática y tecnológica en la medida que su capital lo permite. Sin duda, las excelencias de la sociedad postindustrial han llegado a nuestro país. Sin embargo, con un modelo de relaciones políticas que se revela cada vez más imperfecto y con fracturas cada vez mayores entre las capas sociales, el esquema vigente desnorta a muchos

«posmodernidad» es término acuñado por Charles Jencks para referirse a la alternativa que surgió del rechazo a la entonces dominante *arquitectura moderna*.

¹La presencia de escándalos tan graves como los que han aflorado desde 1993 y que aquejan a la política y a la economía no pueden servir para calificar la totalidad de la actividad en estas macroáreas tan estrechamente relacionadas. Me ha parecido percibir algún intento de explicación desde una óptica «mediterránea»: la secuencia de escándalos que afectan a países como Francia, Italia, Grecia o, por supuesto, España, en los que la presencia de ciertas formaciones socialistas ha sido importante, quiere ponerse al servicio de una postura de enfrentamiento con el ámbito nórdico europeo; en otro nivel, el enfrentamiento puede trasladarse al campo de la moral, católica *versus* protestante. Si esto fuera así, que me parece harto dudoso, más parecería un posicionamiento político-económico dentro de la Comunidad Europea, que un intento serio de explicar el mundo actual. La estrategia no puede confundirse con la ideología (los errores están a la vista).

españoles de este fin de siglo XX. Añádase que también la erosión de los valores tradicionalmente aceptados (los impuestos corren la misma suerte que el impositor: el olvido) y una incapacidad, en muchos casos meramente humana, para asimilar las innovaciones crean una sensación de pérdida de referentes, ya que, por mucho que se pretenda, las tecnologías no pueden sustituir a las ideologías¹. Desde luego España es una sociedad desnortada, en la que la xenofobia (que nunca estuvo ausente, por mucho que nos intentemos convencer de lo contrario) y el individualismo más atroz (tampoco nos ha caracterizado históricamente la persecución de ideales colectivos) ganan adeptos de continuo. Hasta crece el antieuropeísmo comunitario, después del fervor que sucedió a 1986. Y ello es en verdad una pena, pero parece que España, cual ser orgánico, está enferma de ciclotimia: de los grandes entusiasmos a los más deprimentes abatimientos. Después del gran ejemplo que supuso la transición (una transición que sospechosamente se quiere cuestionar y revisar en estos días), España se sume en un alicaído abandono de sí misma. Son, como dice la canción, malos tiempos para la lírica.

Pero vuelvo a estar demasiado ceñido al presente, máxime cuando la posmodernidad estética se presenta dialécticamente como materia diacrónica. ¿Puede trazarse una isocronía en la aparición de la posmodernidad en España y en el resto del mundo occidental? La respuesta parece evidente, aun cuando el retraso pueda ser reducido a mera anécdota. Sin embargo, ciertos intentos de enmascaramiento de nuestro pasado histórico no pueden producirme sino rechazo: desde algunas esferas se pretende que la posmodernidad se incorpora a la poesía española desde los inicios mismos, en el final de los años cuarenta, alegando la aparición de «rasgos estéticos posmodernos» en poetas y poemas que, bebiendo en las vanguardias, se manifiestan aislados. ¿Se pretende con ello eludir — tal vez, sustituir — el término dominante en el panorama de la historia de la literatura española, el de *poesía de postguerra*, tan presente en los manuales? Extender el manto posmoderno de la poesía a la cultura, y de ésta a la historia, pudiera ser un proceso al que asistimos en sus comienzos. Sin ser partidario de las etiquetas, si estoy contra los intentos

¹ Tras el hundimiento de los países del «socialismo real» y el declive del marxismo-leninismo, muchos vieron en la ecología una bandera de enganche. Los partidos tradicionales más sagaces asimilaron, aunque con contradicciones, el mensaje *verde*, mientras partidos específicamente *verdes* se han dedicado a «jugar a la política». Algunos excesos han conducido a cierto descrédito de la *ecodeología*, tal vez por insuficiencia para llenar las lagunas de orden intangible (otros dirán que espiritual) que el hundimiento de las ideologías tradicionales ha dejado.

de *enmascaramiento*, en este caso porque, bajo la pretensión de ligar la cultura española — la poesía en particular — al devenir de la europea, lo que no es el caso de la época que nos ocupa, se margina la connotación de una tragedia histórica que, además de no repetirse, no debe olvidarse. En este sentido, cada pueblo debe pagar las deudas de su historia.

En cualquier caso, hablar de posmodernidad en España antes de la década de los setenta me parece prematuro. El año de 1975 es importante por muchas razones, pero no deja de ser una fecha que simbólicamente marca un antes y un después, ya que los movimientos profundos de la historia no se operan de la noche a la mañana. Hay que reconocer una franja temporal más ancha en la que se alumbran nuevas «vibraciones» y se agotan otras: la década de los sesenta supone el aparente lanzamiento de un despegue económico (más frágil de lo que se suponía, según se ha podido demostrar más tarde), con la irrupción masiva del turismo y con una todavía débil libertad de prensa (me refiero a la denominada Ley Fraga de 1966). Si de símbolos quiere vivirse, también la literatura puede prestarnos anticipadamente algunos: en 1962 se publica *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos, abriéndose en la narrativa un nuevo proceso que se consolidará con la novela experimental; en 1969, la antología de los *Nueve novísimos* de José M^a Castellet supone, a mi juicio, la real incorporación de rasgos de la posmodernidad estética a la poesía (fragmentarismo, collage, la otredad, incorporación de elementos del campo audiovisual, etc.). Pero, en cualquier caso, las masas seguían ancladas en una estética cutre y *camp*. Además, la conciencia de las élites culturales estaba lejos de vislumbrar un nuevo mundo, más inmersa en un debate semiclandestino y una silenciosa resistencia que afectaba al sistema político hispano, que atenta a la construcción de la «aldea global». De 1975 a 1986 (¿con cuantas esperanzas terminó el famoso referendun sobre el ingreso en la O.T.A.N.?), la colectividad reaccionó como tal, inmersa en un proceso de ilusiones que poco a poco han ido apagándose, desembocando en un pesimismo actual del que no se ve salida próxima. El cambio en las relaciones económicas y el desarrollo de los nuevos elementos de la (in)comunicación han tornado introvertida y escéptica a la sociedad española. El pragmatismo materialista (ya que no importa el color del gato, sino que cace ratones) y un exacerbado sentido individualista, esto es, el culto al dinero junto con la estética de los «cuerpos yogur», han puesto de relieve las nunca del todo ocultas fracturas y descompensaciones de la sociedad española. El que se pretendía año

emblemático de 1992, terminó convirtiéndose en la puerta de la desconfianza social.

Instalados en el devenir europeo, de manera que ya parece estable, los españoles intentan adivinar su futuro más inmediato. Esto supone navegar entre las turbias aguas de un presente que se antoja poco satisfactorio. Los escándalos políticos, económicos y judiciales que salpican las páginas de una prensa muy poco independiente y menos reflexiva no son sino las puntas de un *iceberg* del desconcierto social; son la parte más llamativa y estruendosa, pero también la más anecdótica, de la descomposición medular de España. En realidad, el problema verdaderamente grave en España es que se sigue sin articular una construcción del país estable, transcurridos casi veinte años desde la aprobación de la vigente Constitución, vaciadas las ideologías tradicionales — derecha e izquierda — de alternativas compatibles. En este vacío ideológico es donde se han instalado muy cómodamente los pequeños nacionalismos y las teorías económicas más insolidarias y regresivas. Es decir, estas regresiones provocan otras más alarmantes incluso: la xenofobia, el individualismo, los facismos callejeros, etc. Como se ha señalado con frecuencia, el sistema está lleno de «ruidos» inquietantes.

Desde la perspectiva de la estética, cuya naturaleza no es científica, sino crítica (puesto que el juicio estético no puede basarse en demostraciones de un proceso lógico y racional), el análisis de la posmodernidad, aun aceptándola, se presenta bastante revuelto, siendo inevitable la sensación de incoherencia y dispersión (¿será, en efecto, una de sus características?)¹. Me parece, no obstante, que las propuestas posmodernas no son tan radicales ni novedosas como pudiera parecer; sólo las nuevas tecnologías, adecuadas a la función artística, procuran una aparente novedad a estas propuestas que proceden de la condensación de rasgos modernos. Si nada impone la modernidad, ¿por qué tanta alharaca

¹ A pesar de ello, tres líneas pueden percibirse con alguna nitidez en el momento de interpretar la posmodernidad: la teoría crítica alemana (heredera de la escuela de Frankfurt), con Jürgen Habermas como principal representante; la teoría neoconservadora norteamericana, con Daniel Bell como más divulgado integrante; y el post-estructuralismo francés, con Jean François Lyotard, Jacques Derrida y Michel Foucault como cabezas de cartel. Queda en el limbo de cierta independencia y con un toque eclecticista Gianni Vattimo, con un seductor ensayo titulado *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna* (trad. A. L. Bixio, Barcelona, Gedisa, 1986 -original italiano de 1985). Sin embargo, la posmodernidad es analizada desde múltiples frentes, incluso en España, donde intelectuales como Carlos París, Antonio Campillo, Iñaki Urduñibia o Eduardo Subirats dan viveza al debate interminable.

con el eclecticismo de nuestra más rabiosa contemporaneidad? En este sentido, la posmodernidad más se me antoja como un «manierismo» intensificador, quizá final de un trayecto — el de la modernidad —, franja oscura del tiempo en que algo muere para alumbrar después¹.

No obstante, hay que reconocer, a pesar del desconcierto y tal vez por él, el esfuerzo que supone la existencia de numerosas propuestas en el debate posmoderno. Cada individuo y cada grupo busca la llama de una iluminación que coadyuve en el avance entre tanta tiniebla. Y es en este preciso momento cuando se presenta al público español una revista que responde al título de *Claves de razón práctica*, cuyos directores son Javier Pradera y Fernando Savater. Desde abril de 1990, en que aparece en Madrid el número uno², esta revista de pensamiento general se lanza a la arena del debate posmoderno. Sobre la solvencia intelectual de los directores creo que hay poco que pueda ponerse en duda, aunque voces malévolas les acusan de «intelectuales orgánicos» al servicio del PSOE felipista. La empresa que se propone sacar adelante *Claves* me parece representativa de los tiempos que corren. La verdad es que el título es todo un hallazgo: una revista que pretende orientar entre la maleza de los tiempos actuales, una guía iniciática —por algo nos da *claves*— para desenvolverse en un mundo en crisis con criterios de *razón práctica*, moderados, racionales (¿razonables?) y escasamente militantes. El pragmatismo postindustrial no está de más en el pensamiento. Si profundizamos un poquito más, veremos que la revista es editada por PROGRESA (Promotora General de Revistas). Siguiendo esquemas de rentabilidad económica, PROGRESA (¿será una feliz coincidencia la reunión de las siglas?) es dependiente de otra sociedad, PRISA, editora de *El País*, propietaria de Cadena SER y principal accionista de Canal Plus España³. Jesús de Polanco es su más conspicuo representante, tras una curiosa evolución del accionariado desde su fundación, y Juan Luis Cebrián su abanderado. El grupo PRISA, que

¹ En ciertos aspectos, el presente trabajo lo considero complementario del presentado en este mismo Coloquio de Hispanística XX por L. Iglesias Feijoo, «Fines de siglo»; una característica, de las numerosas que marcan este fin de siglo, de las señaladas por Luis Iglesias me parece muy representativa: el arte que se niega a sí mismo, el arte que se vende como negación.

² El último número que he tenido a la vista es el 56, de octubre de 1995. Su periodicidad es mensual (aunque con una pausa en agosto y en febrero), a razón de diez números anuales.

³ La ramificación del Grupo PRISA abarca actividades muy amplias en el mundo de la información y las telecomunicaciones. Me refiero a las empresas más conocidas, únicamente. Remito al interesantísimo trabajo de M.-Ch. Moreau, «L'évolution des moyens de communication espagnole: un exemple significatif, Prisa», en este mismo Coloquio de Hispanística XX.

abarca un conglomerado de intereses muy complejo, al margen de las envidias que su indudable éxito levanta entre la competencia, ha sido acusado, no sé si con fundamento, de usar influencias gubernamentales con objeto de expandirse, atentando contra la diversidad informativa y contestado por la concentración de monopolios.

Si señalo todo esto es porque *Claves de razón práctica* se presenta como producto intelectual de gran alcance, lo que sería imposible sin el apoyo económico e ideológico que respaldara la iniciativa. En esta revista se traslada el debate intelectual que tiene lugar diariamente en las páginas del *País* (en las dos páginas de opinión que siguen a la del editorial¹), con la intención de trasladar, igualmente, el juego de réplicas y contrarréplicas que la libertad de pensamiento procura, aunque con un mayor refinamiento. Vaya un ejemplo: el nº 1 se cierra con la traducción (al parecer, no muy afortunada) de un celeberrimo artículo de Francis Fukuyama, «¿El fin de la historia?»², visión peligrosamente conservadora de la posmodernidad, que levantó una gran polvareda en su momento. Según este esquema de réplicas y contrarréplicas, en el nº 6 (octubre-1990, pp. 2-11) de *Claves* aparece una visión discordante de Agustín García Calvo, «Tras el fin de la historia», réplica crítica desde postulados chomskianos. La arena de la lucha es, en sus aspectos formales, minuciosamente cuidada por los responsables de la revista, aunque la apariencia sea austera.

Ahora bien, aunque puede ser cierto ese tópico de que **la dirección de la publicación no se identifica necesariamente con los contenidos de los trabajos de sus colaboradores**, debemos preguntarnos por las firmas que aparecen en *Claves* para conocer algo más sobre la misma³. Destacan, por su frecuencia, Javier Marías, en primer

¹ También *El País* ha cultivado con gran acierto este esquema en la sección de «Cartas al Director», hasta el extremo de ser imitada por otros diarios. Es innegable que el debate adquiere una vivacidad refrescante, aunque más marcado por la inmediatez de los acontecimientos que el desarrollado en las páginas de la revista.

² «The End of History?» se publica inicialmente en la revista *The National Interest*, de Washington, nº 16 (summer-1989), pp. 3-35; la trad. esp., en *Claves de razón práctica*, Madrid, nº 1 (abril de 1990), pp. 85-96.

³ Metodológicamente, me he limitado al estudio de los veinticinco primeros números para intentar llegar a un análisis, aunque provisional, medianamente fiable. Si facilito la localización precisa de algunos artículos se debe a la consideración de que ciertas fechas son importantes para un análisis de las implicaciones derivadas.

lugar¹, seguido de Carlos García Gual². Ideológicamente, mayor significado tienen los trabajos de Agnès Heller, Enrique Gil Calvo, Ignacio Sotelo y Fernando Savater³, así como de Daniel Bell⁴, uno de los eximios representantes del neoconservadurismo posmoderno norteamericano, que propugna una vuelta atrás, una recuperación de los valores más tradicionales que han dado sentido al «modo de vida americano» como la familia y el trabajo. También se me antojan ilustrativos los tres artículos de Javier Pradera, el otro co-director de la revista, especialmente el titulado «Apagones en la galaxia Gutenberg» (nº 8, diciembre de 1990, pp. 75-80), así como los otros tres de Luis Angel Rojo, director o presidente del Banco de España.

A una distancia más prudente, firmas como las de Alain Touraine, Julian Barnes, Jean Baudrillard, Hans Magnus Enzensberger, Paolo Flores d'Arcais, Ernst Jünger, Sergio Ramírez, etc. Entre las firmas hispanas, Luis Antonio de Villena, Mario Vargas Llosa, Javier Tusell, Jordi Solé Turá, Jorge Semprún, Rafael Sánchez Ferlosio, Francisco Rubio Llorente, Francisco Rico, Luis Racionero, Ludolfo Paramio, Javier Pérez Royo, Vicente Molina Foix, Antonio Martínez Sarrión, José M^a Maravall, Cayetano López, Santos Juliá, Baltasar Garzón⁵, Antonio Escohotado⁶,

¹Desde el nº 2 hasta el 22, ambos inclusive, publica trabajos de naturaleza eminentemente literaria; he contabilizado hasta veinte trabajos. Destacan los autores anglosajones en su estimativa.

²Con nueve artículos, en su mayoría sobre la antigüedad griega, aunque también los hay de interpretación de la contemporaneidad política, como el del nº 2 (mayo, 1990, pp. 52-56), «Sobre la degradación de la educación universitaria. A contrapelo: Una consideración intempestiva», reflexión anti-posmoderna contra la banalización de los estudios universitarios actuales (es, más bien, un artículo-resena sobre el libro de A. Bloom, *The Closing of the American Mind*).

³Con cuatro, seis, seis y siete artículos, respectivamente. Con seis, también aparece Francisco Calvo Serraller, aunque sus trabajos tienen por objeto el mundo del arte, en especial la pintura. Con cinco (más uno como recolector de la sección casi fija de «Casa de Citas»), también tenemos a José Manuel Sánchez Ron, cuyos trabajos versan sobre ciencia y política, unas relaciones siempre difíciles y complejas.

⁴Con cinco artículos: «El duelo de los intelectuales: Jean-Paul Sarte y Raymond Aron» (nº 4, julio-agosto de 1990, pp. 48-53); «Alemania: El miedo constante» (nº 7, noviembre de 1990, pp. 2-8); «Socialismo y planificación» (nº 12, mayo de 1991, pp. 25-29); «El humor judío. Un comentario sobre la naturaleza de la sabiduría» (nº 19, enero-febrero de 1992, pp. 57-59); «Georg Lukács. Las raíces místicas de la revolución» (nº 24, julio-agosto de 1992), pp. 46-60).

⁵Coautor, con Araceli Manjón-Cabeza, de «La ley de seguridad ciudadana. ¿Solución o problema?» (nº 24, julio-agosto de 1992, pp. 2-8).

⁶Son tres trabajos de Escohotado los que se editan, interesantes todos, pero en especial «La estrategia del delator» (nº 7, noviembre de 1990, pp. 27-31).

Juan Cruz, Rafael Conte, Juan Luis Cebrián, Manuel Castells, Victoria Camps, Juan Alberto Belloch¹, Clemente Auger, y un largo etcétera. Muchas de estas firmas son habituales en las páginas de opinión de *El País*, como podrá comprobar cualquier lector atento. Otras firmas pertenecen a los círculos del poder, más o menos aledaños: ministros y exministros, poderes fácticos y explícitos, orientadores de opinión, moduladores de conciencias... Asimismo firman consagrados analistas de la posmodernidad, principalmente post-estructuralistas franceses. Entre el conjunto, nada homogéneo, los hay confesadamente posmodernos (como Enrique Gil Calvo) y hostilmente anti-posmodernos (como Carlos García Gual).

La única condición que se pone a los luchadores en tal arena es la del combate/debate civilizado: nada de estridencias. Se trata, ni más ni menos, que de procurar una imagen «moderna» o «posmoderna» de España, hecha bajo los más estrictos patrones de las teorías mediáticas más avanzadas. Ciertas características comunes a los trabajos sí podemos entrever: enganche a las últimas corrientes del pensamiento occidental, maquillamiento de las peculiaridades hispánicas como arcanos de una tradición occidental, fusión del destino hispano al destino occidental, confrontación edulcorada entre el pensamiento hispano con «toque» occidental... Todo muy «occidental»: no es España una excrecencia incómoda de Occidente. No discrepo de los contenidos profundos, porque nada de esto tiene que ser malo, ni tan siquiera insincero, pues de élites culturales estamos hablando. Más allá de lo que es la costumbre hispana, en que toda discusión termina como el rosario de la aurora, *Claves de razón práctica* conduce un debate que pretende sosegado, incorporando las inquietudes de más allá de los Pirineos a la sociedad española en un deseo de bucear entre la incertidumbre del presente para no repetir el pasado. La huida del aislamiento garantiza, bien es cierto, un futuro diferente (aunque tal vez no menos violento). De *Claves* destaca el hecho de contrastar vivamente con el impudismo dialéctico de la cultura española, una falta de pudor que le ha llevado siempre a debatir toda cuestión que se terció en los términos más brutales². Desde luego, en el devenir hispano este impudismo ha sido radicalmente ajeno a sensibilidades más propias de otros ámbitos (anglosajón o francés, especialmente), en los que los

¹ «Prensa, corporativismo y abuso de poder» (nº 15, noviembre de 1991, pp. 13-18).

² El propio *El País*, en una muestra de evidente buen gusto, se retira de las polémicas cuando éstas adquieren tintes grotescos y empecinados.

enmascaramientos de la historia han contribuido decisivamente a transmitir una imagen que, en cierto sentido, pretende acuñar la revista española.

Algo que queda al margen de mis posibilidades en este momento es el análisis de la incidencia de *Claves de razón práctica*, más allá de la presuposición material a que me pueda conducir el conocimiento de su tirada (25.000 ejemplares); esto es, la real incidencia en el pensamiento general del país. Se ha hablado de élites culturales, aunque se la ha atacado desde otros círculos. Este es el mérito y la penitencia que lleva una empresa diferente en la comunicación española, en la línea de las grandes empresas de nuestro más brillante pasado¹. Cuestionada intelectualmente, la publicación sirve, sin duda, de referente para muchos intelectuales. Sin duda, también, merece el respeto.

Mientras tanto, el problema de la posmodernidad sigue sin resolverse, por más que las «claves» pretendan jalonar un debate cultural interminable. Se me ocurre que, sin la evolución de la sociedad postindustrial hacia esquemas más humanos, difícilmente la posmodernidad regresará al arcádico paraíso humanista. Es decir, mientras las relaciones económicas y políticas no sufran una profunda transformación, la estética convulsa de nuestros días difícilmente encontrará unos parámetros humanísticos, aunque evolucionados, que alumbren una nueva época. ¿Estará la solución en las palabras de nuestros clásicos más modernos, como Platón o Cervantes? ¿Acaso no se encuentra entre sus páginas el optimismo que nos falta? Difícilmente el pesimismo ha alumbrado el camino a seguir: la República de Weimar trajo el nacionalsocialismo de Hitler, por poner un ejemplo que ya puede ser intemporal. ¿Será posible que haya muerto el humanismo, abstraído en sus rasgos pero proyectado hacia su meta permanentemente vigente? En fin, ¿habrá muerto la utopía?

¹Recordaré revistas como *Cruz y raya* o *Revista de Occidente* (en su primera época) como modelos de un debate pluripartidista y moderado.

